

Comentarios y debates

La sabiduría del equívoco: respuesta a Francisco Rivas Castro

*Blas Román Castellón Huerta**

Fascinante ejercicio de retórica, categórica y terminante, es la respuesta de Francisco Rivas Castro a las objeciones que me permití hacerle en el número 32 de esta revista. Caro me ha costado el atrevimiento de señalar algunas inconsistencias en su trabajo original. Punto por punto, Rivas ha derrumbado con precisión y contundencia inusuales cualquier pretensión mía de señalar que se equivocó en sus propuestas. Con estilo perentorio y tajante que ignora los matices, ha expuesto de manera lúcida cómo denostar a su imprudente crítico de un modo implacable. Aun en las partes donde observo mérito en su trabajo, me ha demostrado de modo irrefutable cuán lejos me encuentro del auténtico avance científico.

Es una verdadera lástima que todo este despliegue de deslumbrante sabiduría y escrupulosidad en su respuesta (*Arqueología* 33) no se haya manifestado de igual manera en su trabajo original, lo cual habría ahorrado mis comentarios. Claro está que todos cometemos errores, y Rivas reconoce con gran humildad algunos de los suyos. Por esto mismo, me resulta inexplicable el hecho de que los problemas fundamentales que señalé en su artículo original continúen gozando de buena salud en su iracunda respuesta.

Estoy consciente que volver a subrayar los problemas que comenté con anterioridad me pone en una situación vulnerable y me deja totalmente inerme ante su extensa erudición. Pero no veo otra salida, así que resignadamente lo intentaré por última vez y de manera muy breve, esperando que Rivas sea magnánimo conmigo.

Me siento apenado de volver a recordarle que su identificación de algunos topónimos del *Lienzo de Astata* con poblaciones de la región sur de Puebla y noroeste de Oaxaca no sólo es insostenible, sino que raya en la obcecación, a pesar de que él conoce la evidencia en contra. También lamento insistir en que su identificación de los glifos de Cutha y Zapotitlán en el *Lienzo de Tlapiltepec* no está demostrada en absoluto por más que maniobre los argumentos en su contra para sacar de su mágico sombrero una nueva interpretación que no hace sino crear un nuevo problema. De verdad me aflige molestarlo nuevamente para indicarle que la arqueología, la geografía y la historia de su área de interés no concuerdan con sus observaciones hechas sobre un mapa del siglo XVIII, mismas que “por falta de espacio” se vio impedido de defender.

Insistir en mayores detalles de esta discusión es inútil. Es mejor para el lector interesado desandar el camino, leer su texto original y mi crítica al mismo, ya que poco o nada sustancial

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.
blasca@servidor.unam.mx

agrega Rivas en la réplica que aquí comento. Eso sí, en cada ocasión yo he salido raspado por no comprender la trascendencia teórica y metodológica de sus planteamientos y aun de sus propios traspiés, a los cuales él coloca convenientemente del lado del respeto a la diferencia y a la diversidad de opinión. Obviamente, dentro de ese pretendido respeto no caben las impugnaciones a su brillante trabajo, las cuales sólo pueden ser materia de descalificaciones y escarnios.

Curiosamente este mismo procedimiento no es aplicado de manera consistente por Rivas a aquellos autores en los cuales apoyé mis observaciones, ya sea de modo indirecto o por comunicación personal (Nalda, Güemes, Kroefges, Johnson) a quienes prudentemente evita criticar para mostrar, mediante coléricas inculpaciones, que aquí el único malintencionado que perdió la brújula y el pensamiento lógico soy yo. Después de semejante vapuleada, ya voy comprendiendo las consecuencias de enfrentar a un auténtico representante del rigor teórico, aunque todavía no logro entender como encajan en toda esa omnisciencia errores de tal dimensión como confundir regiones, periodos y rasgos geográficos; más aun cuando se trata de un artículo dedicado a la arqueología y la cartografía de un área que se supone que el autor conoce bien. Tampoco alcanzo a comprender cómo una mente tan acuciosa e inquisitiva tiene el reiterado hábito de parafrasear autores a los que olvida citar; sugiere que hay máscaras sin ojos y sin rostro; y toma el dicho de un anciano como sustituto del reconocimiento de superficialidad.

En fin, creo que mi ingenuo intento por iniciar un debate académico mediante argumentos serenos y objetivos no tuvo éxito, pero sí en cambio graciosas muestras de ironía y ex abruptos por parte de mi interlocutor, tentación difícil de resistir como advertirá el lector. Por lo mismo, no me parece que esta discusión tenga mucho futuro. Si como dice Rivas, pronto corregirá sus pequeños errores, seguramente en breve nos regalará una serie de artículos sólidos y reveladores sobre su área de interés; así sea. No obstante, hay dos cosas que me hacen

sentir aliviado de haber llegado a este punto. Una, es que el artículo, o más bien dicho: el “trabajo preliminar” en cuestión, sirvió al menos para inaugurar esta sección de comentarios y debates. La otra, es que a pesar de todos mis despropósitos, Rivas me otorga la posibilidad de su generosa indulgencia al sentirse afortunado de compartir conmigo intereses y centro de trabajo. No quiero ni pensar lo que habría quedado de mi futuro académico si las cosas no fueran de este modo.

Por mi parte, me rindo y me retiro de esta arena, abrumado ante la evidencia del portentoso pensamiento lógico que posee mi formidable polemista, quien ha obrado el milagro de mostrarnos cómo del caos y la confusión originales pueden surgir la luz y la verdad para eterno asombro del mundo académico.

